

ARTÍCULO DE OPINIÓN

“Economía internacional en la era de lo hiperreal, los laureados *Nobel* y la desigualdad”



Mg. Ec. Amanda Hidalgo

La economía internacional parece vivir en un universo paralelo. Los capitales se mueven a velocidades que desafían la comprensión humana de formas cada vez más novedosas, los precios fluctúan en función de rumores y expectativas, y la riqueza se ha convertido en una narrativa más que en una realidad tangible. Lo que antes era un sistema vinculado a la producción, al trabajo y a los recursos, hoy existe fundamentalmente como una red de símbolos financieros. Jean Baudrillard advirtió hace décadas que la modernidad avanzaba hacia una era de simulacros, donde las representaciones reemplazarían a lo real. En la economía global contemporánea, ese diagnóstico se cumple con precisión: la fe en los mercados es la nueva metafísica del siglo XXI.

Karl Marx (1867) hablaba del “fetichismo de la mercancía” como el momento en que las relaciones sociales se transforman en relaciones entre cosas. Pero en la economía actual, ese fetichismo se ha trasladado a la información: lo que se adora ya no es la mercancía, sino el dato. Los flujos financieros no reflejan necesariamente producción o bienestar, sino expectativas y algoritmos que actúan por sí mismos, generando riqueza en un plano puramente simbólico. Joseph Stiglitz (2019), Premio Nobel de Economía, sostiene que este tipo de globalización ha ampliado la brecha entre ganadores y perdedores, porque mientras el capital se mueve sin fronteras, las personas y los derechos permanecen inmóviles e impávidos ante la transformación.

La promesa de que los mercados autorregulados traerían prosperidad para todos se ha revelado, en muchos casos, como un espejismo. Thomas Piketty (2014) demostró que la concentración de la riqueza se ha intensificado a niveles comparables con los del siglo XIX. El crecimiento ya no garantiza movilidad, ni económica y mucho menos social, y el capital financiero genera más capital simplemente por existir y ganar intereses. Como advierte Amartya Sen (1999), también Nobel de Economía, la verdadera medida del desarrollo no es el ingreso, sino la libertad efectiva que tienen las personas para vivir la vida que valoran. Sin embargo, el paradigma dominante sigue midiendo el éxito nacional por cifras agregadas, no por justicia distributiva.

La economía del simulacro no solo desmaterializa el valor, sino también el trabajo. El sujeto productivo del siglo XXI ya no fabrica bienes, sino datos: aporta atención, tiempo de conexión y trazos digitales de su comportamiento. Fabricamos datos mientras realizamos actividades por el simple hecho de realizarlas. La economía de plataformas ha difuminado los límites entre empleo y vida privada, y ha convertido el rendimiento en una forma de identidad. En este contexto, el discurso de la igualdad se relega a la retórica institucional. Como señala Paul Krugman (2008),



otro Nobel de Economía, los mercados globales sin regulación no tienden naturalmente al equilibrio ni a la equidad; por el contrario, pueden amplificar los desequilibrios y asimetrías estructurales si se dejan a su propia suerte.

La geopolítica también ha adoptado rasgos del simulacro. Las potencias ya no compiten por recursos materiales, sino por la narrativa del progreso: por quién impone el lenguaje con el que se define la prosperidad, no solo local o regional sino mundial. Estados Unidos mantiene su hegemonía porque el mundo aún confía en el dólar como relato de estabilidad, una moneda robusta, mientras China construye su influencia a partir de la infraestructura y el control de datos. Detrás de estos discursos, la desigualdad global persiste, y los países del Sur continúan atrapados en un modelo que los invita a participar, pero no a decidir, y cada vez decidimos menos. La apertura comercial sin justicia social, como recuerda Stiglitz (2002), genera riqueza macroeconómica pero erosiona la cohesión de las sociedades.

La dimensión ética de la economía, esa que Adam Smith veía en su *Teoría de los sentimientos morales*, ha sido desplazada por la obsesión por los indicadores. Lo que alguna vez fue una ciencia moral hoy se ha convertido en una especie de técnica de predicción y ha derivado en un concurso por predecir el futuro. Lo de hoy, es predecir. Pero detrás de cada cifra de crecimiento hay una pregunta moral pendiente: ¿quién se beneficia de esa expansión? ¿qué vidas mejora? Cuando Baudrillard advertía que el signo había sustituido a la realidad, probablemente no imaginaba que un día el PIB sería el símbolo más exitoso de esa sustitución: un número que puede subir mientras la desigualdad también lo hace.

La hiperrealidad económica se sostiene por la fe colectiva en los mercados, una fe que produce consecuencias reales y acciones visibles. La caída bursátil puede destruir empleos en segundos, y una noticia falsa puede alterar el precio de los alimentos. No se trata de un juego abstracto de pantallas, sino de un poder que decide quién prospera y quién cae en la exclusión. Frente a eso, Amartya Sen propone un principio simple pero revolucionario: la economía debe juzgarse no por la magnitud de su producto, sino por la ampliación de las libertades humanas. El crecimiento sin igualdad es, en última instancia, una forma de simulacro moral.

Reivindicar la igualdad en la economía internacional no es una consigna utópica, sino una exigencia de realismo. Significa aceptar que no hay sostenibilidad posible sin justicia, ni estabilidad sin equidad. La tarea del pensamiento crítico es devolverle al valor su vínculo con la vida, lo más importante.

El capitalismo global ha demostrado ser capaz de reproducir su propio relato incluso en medio del desastre. Pero una economía que solo se sostiene por su apariencia termina vacía de propósito. Baudrillard sostenía que el acto más radical en una era de simulacros no es producir nuevas imágenes, sino revelar la ausencia de realidad detrás de ellas. Tal vez la revolución económica del futuro consista justamente en eso: en volver a mirar la realidad que hemos dejado fuera de las pantallas, recordar que el valor nace del trabajo humano y que la prosperidad solo es verdadera cuando se comparte y mejora la vida de todos, y no solo de unos cuantos.

Autoría:

Mg. Ec. Amanda Hidalgo A.